



Toti Martínez de Lezea
La cadena rota



Ocurrió en Sara, un pequeño pueblo de la frontera, durante la Revolución francesa.

En medio del caos y de la incertidumbre, de la guerra entre Francia y España, del exilio obligado de sacerdotes y contrarrevolucionarios, Joantto Ithurbide, nieto bastardo de Gehexan de Jaurenea, hidalgo de Sara, a quien su abuelo rechazó tras su nacimiento, busca sus raíces y, también, la venganza. Junto a él, la joven Mari Harotsenne encuentra el amor y la desesperanza.

Personajes, como Jean-Martin Monduteguy, procurador de la República, que desterró a sus paisanos lejos de su tierra, Gartzia, antiguo pastor, convertido en contrabandista, y otros cuyas existencias son reales o ficticias, conforman el retablo de una época histórica y dura que cambió la vida de sus protagonistas.

*A los que fueron,
A los que serán.*

*A la memoria de Manex Goyhenetche
cuya obra "Historia General del País Vasco"
me ha servido de guía para escribir esta historia.*

*Bakea laster ein baledi
Kanpoan tugun etsaiekin,
Barneko etsaien temari
Baginekike zer egin.*

(SALVAT MONHO
Ayherre 1749-Bardos 1821)

1764

Una noche de invierno, negra como boca de lobo, nació un niño en el caserío *Jaurenea*, antigua casa torre desmochada, de Sara. Los ladridos de los perros acallaron los gritos de la madre y la criatura fue arrancada de su lado antes de que ella pudiera verla. Con pasos sigilosos, la partera se la llevó envuelta en una manta y la dejó a la puerta de la iglesia. Poco después, oculto de pies a cabeza por una capa larga, un hombre se acercó, recogió al niño y desapareció en la oscuridad por el camino de San Juan de Luz.

1789

Joantto!!! Joantto!!!

En una taberna de la calle de Les Cordeliers del Bourgneuf o Baiona Tippia como la llamaban sus moradores para distinguirla del barrio antiguo, cuatro jóvenes jugaban a los dados entre risas y bromas groseras dirigidas a la moza que atendía a los clientes y aguantaba con buena cara los manoseos en su trasero.

La llamada se escuchaba cada vez más cerca.

—Parece que te buscan —comentó uno de los jugadores dirigiéndose a otro.

—Que busquen... —respondió el interpelado con indiferencia. Y tiró los dados.

—Puede ser algo importante —dijo otro de los jugadores.

—O no... Doble. Me toca de nuevo.

El joven bebió un trago de vino y tiró los dados.

—Vuelvo a ganar —afirmó sin expresar la mínima alegría.

—Eres un tipo con suerte.

—Quién sabe...

Joantto Ithurbide rondaba los veinticinco años y no había en el barrio ningún hombre tan atractivo como él, al decir de las mozas casaderas y de sus madres. De cuerpo armonioso en sus proporciones, delgado pero fuerte y estatura media, su rostro provocaba miradas de admiración por la perfección de sus rasgos, y él lo sabía. Llevaba el cabello hasta las hombros; a veces suelto, otras, atado en una cola, y se negaba a ponerse peluca empolvada aunque trabajaba

para el abogado Durruty que tenía despacho abierto al lado de la catedral. También se dejaba crecer una barba a ras de piel de aspecto aparentemente descuidado, que le daba un aire bohemio, lo cual contrastaba con sus ropas de buen paño y corte a la moda francesa. Pero eran, sobre todo, sus ojos los que provocaban turbación; unos ojos oscuros que jamás reflejaban sus sentimientos y permanecían inmutables, ya sonriese complacido ya sus labios desaparecieran debido el enojo, aunque, en estos casos, su mirada se tornaba casi negra.

Nadie podía afirmar que conocía a Joantto Ithurbide, ni siquiera sus amigos más íntimos, aquéllos en cuya compañía cerraba las tabernas y acudía al burdel del puerto. A pesar de su aspecto de noble extravagante, más de una vez se había enfrentado a puñetazo limpio con alguien que le había molestado y siempre había habido que separarlo del contrincante para salvar a éste de sus golpes, rotundos como martillazos sobre el yunque. No era un hombre penden-ciero, pero respondía con violencia a la provocación y no aceptaba bromas a su costa.

—¡Joantto!

La silueta de una mujer se recortó en la entrada de la taberna. El hombre levantó la vista de la mesa y echó la cabeza hacia atrás con un gesto interrogante.

—Tu padre —dijo la mujer.

Como impulsado por un resorte, Joantto se levantó de la banqueta, que cayó al suelo, y salió del local sin despedirse de nadie.

Ambos caminaron por la calle sin hablar, él unos pasos por delante de la mujer, hasta llegar a una casa de tres pisos en la calle de Les Tonneliers. Las escaleras crujían y el pasamanos se balanceaba como si fuera a desprenderse en cualquier momento. La única puerta del tercer piso estaba entornada; Joantto la empujó sin miramientos, recorrió un pasillo largo y estrecho y entró en una habitación que olía a enfermo y cuyas contraventanas se hallaban a medio cerrar.

Un hombre reposaba sobre la única cama y, a su lado, otro le tomaba el pulso. Este último alzó la mirada al verlo entrar e hizo un gesto negativo con la cabeza, dejó con delicadeza la mano sobre la cama, recogió su maletín de cuero ajado y se dispuso a salir.

—He hecho todo lo que he podido, pero su hígado ya no resiste más... —se disculpó al pasar por su lado.

La mujer acompañó al médico y Joantto se quedó solo con el moribundo. No se movió durante mucho rato pero, finalmente, y después de abrir la ventana de par en par, cogió una silla y se sentó junto al lecho. Contempló el rostro del padre y apretó los labios con aquel gesto que mostraba su ira y que amigos y enemigos conocían bien. Estaba enfadado, furioso con el padre, consigo mismo, con el mundo.

El hombre que se moría era su referente en la vida, el único ser que siempre había tenido a su lado, para bien y para mal, un borracho inútil que había malgastado su vida y se había suicidado lentamente abusando del alcohol. Lo despreciaba por débil, por no haber luchado contra aquello que lo había impulsado a obrar como un loco, por perder la dignidad. Y, sin embargo, lo quería. Nunca le había levantado la mano, ni siquiera cuando, en medio de una borrachera, le daba un arrebato y rompía todo lo que tenía a su alcance, mientras gritaba palabras incoherentes y sin aparente significado. Jamás le había tocado un pelo, y él nunca le había tenido miedo. Cuando el furor daba paso a la llorera, le ayudaba a tumbarse en la cama, refrescaba su frente con un paño húmedo, le cogía las manos y le hablaba con voz pausada hasta que se quedaba dormido. El padre se transformaba en un ser desvalido y el hijo se convertía en padre. Había ocurrido muchas veces, aunque en los últimos años las crisis se habían ido espaciando, tal vez porque el propio cuerpo presagiaba su pronto final.

—Hijo...

Bittor abrió los ojos y lo contempló con infinito cariño. Joantto asió su mano y esbozó una sonrisa.

—En vez de un padre, has tenido una calamidad —prosiguió el enfermo—. No me recuerdes mal.

—No lo haré, te lo prometo. Recordaré sólo los momentos felices.

—Tampoco han sido muchos... No he sabido ser fuerte, lo reconozco. No he sido el padre que necesitabas.

—Déjalo...

—Nunca te lo he dicho, pero quiero que sepas la razón de mi miseria.

—No te tortures, ya no vale la pena...

—Deja que te cuente, me quitaré un peso de encima y tal vez puedas perdonarme.

—No hay nada que perdonar.

—Oh, sí, hay mucho que perdonar... —el hombre suspiró—: que no te hablara de tu madre ni de nuestra familia, que te ocultara tu lugar de nacimiento, que jamás te dijera la razón por la que hemos malvivido durante tantos años sin medios ni respeto...

Muy a su pesar, las palabras del padre despertaron en Joantto la curiosidad tantas veces acallada, el secreto que intuía, la necesidad de saber. Era natural. Los demás niños de la calle tenían madres y parientes; se reunían en las fiestas, compartían comidas, celebraban nacimientos y funerales... y él los envidiaba, envidiaba el griterío en las viviendas de los vecinos, los pescozones propinados a sus compañeros de travesuras por madres enfadadas que luego los abrazaban y llenaban de besos. El padre y él siempre habían estado solos. A medida que crecía, se había protegido tras una coraza de aparente desprecio hacia lo que él llamaba "sensiblería estúpida", pero, en el fondo, añoraba el cariño y la protección de una familia.

—Abre el cajón de la mesita de noche —con un dedo tembloroso, Bittor le indicó el cajón—. Hay una carta.

Abrió el cajón. Había dentro un cerillo para encender la vela y varios cabos de vela ennegrecidos, pero nada más.

—Debajo del cartón —insistió el agonizante.

El joven levantó el cartón que cubría el fondo del cajón y encontró un papel doblado en cuatro partes y amarillento por el tiempo, lo cogió y se lo tendió al padre.

—Léelo —le pidió éste—, léelo despacio.

Desplegó el papel y comenzó a leer: *«Amado Bittor, ésta será la última vez que te escriba y con esta carta va también mi adiós. El padre ha decidido ya mi suerte y ha jurado que abandonará al niño en la calle. Se agita en mi vientre, quiere salir, y yo desearía que no lo hiciera, que permaneciera dentro de mí, puesto que su nacimiento nos separará para siempre. Nuestro amor estaba condenado desde un principio y, aun así, volvería a amarte con todas mis fuerzas porque tú has sido la única razón de mi existencia. Nací para ti, por ti vivo y sin ti, moriré. Recuérdate en tus sueños, amado, no me olvides y salva a nuestro hijo. Enrieta».*

A medida que leía, el rostro de Joantto iba perdiendo el color, de forma que al acabar la lectura su tez estaba tan pálida como la del enfermo. Miró al padre y constató, con enorme sorpresa, que sus ojos apagados estaban llenos de lágrimas.

—La amé como ningún hombre ha podido amar jamás a una mujer. La he recordado a cada momento desde entonces y he bebido para olvidarla, pero cuanto más bebía, más pensaba en ella...

—¿Qué fue de ella?

—No lo sé —la voz de Bittor era cada vez más débil—. Te recogí a la puerta de la iglesia y escapé por el camino hacia San Juan de Luz. Nunca volví.

—¿Adonde?

—Al lugar más bello de la Tierra... donde las montañas tocan el cielo y...

Su voz se apagó, cerró los ojos y permaneció inmóvil.

—¡Padre!

El grito de su hijo pareció volverlo a la vida, respiró emitiendo un silbido, pero no abrió los ojos.

—¿Dónde está ese lugar, padre? —insistió Joantto asiéndolo por los hombros.

—Sara..., Sara...

No había llorado desde la primera vez en que fue lo suficientemente mayor para darse cuenta de que el padre bebía hasta perder el sentido. Aquel día juró no volver a hacerlo, pero ahora, con el cadáver enflaquecido por una agonía que había durado veinticinco años entre sus brazos, lloró la amargura acumulada durante todo aquel tiempo, y maldijo la causa que se había llevado la vida de un hombre todavía joven para morir.

Al día siguiente, por la tarde, Bittor Ithurbide fue enterrado en la zona reservada a los pobres en el cementerio de la iglesia de San Clemente. Sólo estuvieron presentes el cura, Joantto, Graxi, la mujer que le había avisado la víspera y el enterrador.

De vuelta a casa, Graxi le ayudó a recoger las pocas pertenencias del padre para entregarlas a la caridad y le preparó una sopa de albóndigas. La mujer, una vecina casada con un pescador que pasaba la mayor parte del año en alta mar, era por decirlo de alguna manera la única persona con la que los Ithurbide habían mantenido una relación continua desde su llegada a Baiona. Sintió lástima al verlos tan desamparados y se encargó de criar a la criatura con leche de vaca pues ella no tenía hijos. También se ocupó del padre y ambos se consolaron mutuamente en el lecho, él por la pérdida de su amor y ella por la ausencia de su marido que la convertía en viuda sin serlo. Graxi era para Joantto lo más parecido a una madre.

Al anochecer, el joven se acercó al burdel del muelle y pasó en él toda la noche. Quería olvidar, aunque fuera durante unas horas, perderse entre los brazos de una hembra, hacerle el amor hasta quedar exhausto y de esta manera, no pensar. Apenas habló más de dos palabras seguidas con la mujer que compartió con él aquella noche; la poseyó con

furia en varias ocasiones, queriendo expulsar los demonios de su cuerpo y de su mente, vaciarse por dentro y por fuera. La muerte del padre y la revelación de su origen habían sido dos impresiones demasiado fuertes que precisaban tiempo para ser asimiladas.

A la mañana siguiente, fue a los baños públicos, se hizo arreglar el cabello y rapar la barba, acudió después al despacho del abogado Durruty y pidió permiso para ausentarse durante un par de días. Debido a la muerte de su padre, explicó, tenía que solventar unos asuntos pendientes en la población de Sara. El abogado le dio el permiso a regañadientes.

—Cosas muy graves están ocurriendo en el reino —le informó—. Me han llegado noticias alarmantes. Hace un par de semanas, el pueblo de París asaltó la Bastilla y liberó a los prisioneros. Además, la Asamblea tiene la intención de abolir los privilegios y derechos señoriales. Nuestros principales clientes son nobles y ricos hombres y mucho me temo que el trabajo va a ser muy duro durante los próximos meses.

—Sólo estaré fuera dos días, el tiempo de ir, solucionar mis asuntos familiares y regresar.

—Lamentaría tener que prescindir de ti...

La amenaza era velada, pero clara. Llevaba cinco años trabajando para Durruty, primero como chico de los recados, después como ayudante del secretario del abogado y, finalmente, como ayudante del propio abogado. Su inteligencia despierta, su ambición y falta de escrúpulos, lo habían hecho imprescindible. Gracias a los buenos oficios del rector de San Clemente, el padre Mathieu, que lo había protegido desde pequeño al observar su capacidad para aprender, Joantto estudió las letras y los números con el rector y después se educó gratis en la escuela de la catedral como favor especial hacia el cura. El padre Mathieu esperaba hacer de él un hombre de Iglesia, pero el joven no

tenía ninguna intención de profesar y el sacerdote habló con el abogado para que le diera trabajo.

—Dentro de dos días estaré de vuelta —afirmó, molesto porque Durruty pusiese en duda su palabra.

Alquiló una mula en la caballeriza pública y salió de inmediato hacia Sara. A pesar de su aplomo y sangre fría, sentía un hormigueo molesto en el estómago. No sabía cómo reaccionaría al llegar al pueblo de sus padres, con quién hablaría, a quién preguntaría si aún quedaba vivo algún pariente. El padre había tardado demasiado tiempo en hablar, no había tenido ocasión de preguntarle por la familia, dónde vivía, quiénes eran sus abuelos... ¡tantas preguntas sin respuesta! No se detuvo durante el trayecto y llegó a Sara antes del mediodía. Sin saber por dónde empezar, se dirigió a la iglesia en busca del párroco. Los curas lo sabían todo sobre sus feligreses y éste no sería una excepción.

—Sólo llevo unos meses en esta rectoría —le informó el coadjutor de la parroquia, el padre Michel Bordaguibel—. No conozco a todos los habitantes del lugar. El párroco, el padre Teillary, se halla ausente en estos momentos.

—Alguien habrá, sin embargo, que pueda decirme algo sobre la familia de mi padre...

—No sé... ¡Domenga! —exclamó el coadjutor tras meditar unos instantes—. Está al corriente de todo lo que acontece en la localidad. Vive aquí al lado y si ella no lo sabe, nadie lo sabrá.

Atravesaron la plaza y se dirigieron a una casa con aspecto de llevar mucho tiempo en el mismo sitio sin sufrir cambio alguno. La mujer que acudió a la llamada miró interrogante a Joantto y luego al sacerdote.

—Oye, Domenga, ¿conociste alguna vez a alguien de nombre Bittor Ithurbide? —preguntó éste después de saludarle.

La mujer miró de nuevo al joven, sacó la cabeza para comprobar que nadie estaba a la escucha y les hizo una se-

ña para que entraran en la casa.

—¿Por qué queréis saberlo? —preguntó una vez todos dentro.

—Era el padre de este caballero.

Domenga asió a Joantto por el brazo y lo llevó junto a la ventana para poder observarlo mejor. El joven la dejó hacer, un tanto sorprendido por el gesto, demasiado familiar y a la vez brusco, de la desconocida.

—Tiene un aire, sí —afirmó la mujer.

—Entonces, ¿lo conociste? —interrogó el coadjutor con una sonrisa.

—Conocí a su padre y a toda su familia.

—El joven quiere saber...

—¿Qué?

—Todo. Su padre nunca le habló de los suyos.

La mujer chasqueó la lengua, se sentó en un banco colocado junto al fuego bajo y les indicó que hicieran lo mismo. Durante un buen rato, nadie habló. Domenga callaba con la mirada perdida y los dos hombres esperaban pacientemente a que se decidiese a hablar.

—Es una historia larga y triste. No sé si merece la pena recordarla...

—Él quiere saber —insistió el sacerdote, señalando a Joantto.

—Te ruego que me digas lo que sabes... Mi padre murió hace tres días y no tengo a nadie más.

La súplica del joven pareció conmover a la mujer, que se levantó para remover el contenido de la olla colocada sobre una trébede encima del fuego, se secó las manos con el delantal y se sentó de nuevo.

La familia Ithurbide, explicó Domenga, vivía en el molino de Istilarte, separado por el río de Lehenbizkai, donde se alzaba la torre *Jaurenea*. El molino estaba en tierras del señor Gehexan de Jaurenea, aunque los Ithurbide lo habitaban desde hacía generaciones y se consideraban gentes li-